



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)



## LIBRO II

1

*Recapitulación*

En el libro anterior a éste hemos precisado la fecha en que los romanos, tras haber unificado a Italia, iniciaron sus empresas fuera de ella; después, cómo pasaron a Sicilia, y los motivos que les indujeron a hacer la guerra contra los cartagineses por esta isla; en tercer lugar, la época en que empezaron a juntar fuerzas navales, y lo que ocurrió a ambos bandos hasta el final, cuando los cartagineses evacuaron totalmente Sicilia y los romanos se apoderaron de la isla, a excepción de las partes gobernadas por Hierón. A continuación emprendimos la narración del motín de los mercenarios contra los cartagineses, la del estallido de la guerra llamada africana, con las impiedades cometidas hasta la victoria de una de las partes, y el final inesperado que tuvo la empresa hasta su conclusión con el triunfo de los cartagineses. Ahora se pretende una exposición sumaria, según nuestro plan inicial, de lo que siguió<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Esta recapitulación ofrece un modelo excelente de la concepción polibiana de la historia. Por un lado, centra al lector ante el pasado ya expuesto y lo que se va a exponer seguidamente, sin excluir alguna breve reflexión moral. El «plan inicial» es el expuesto en I 4, 1-11, y también en XIII 1, 7-8. Sobre el concepto de historia universal en Polibio, cf. DÍAZ TEJERA, *Polibio*, págs. CXI-CXV.

Los cartagineses, tan pronto como hubieron enderezado sus asuntos de Africa, alistaron tropas y enviaron inmediatamente a Amílcar a los parajes ibéricos.

*Amílcar, en España*

Amílcar recogió este ejército y a su hijo Aníbal, que entonces tenía nueve años, atravesó las columnas de Hércules<sup>2</sup> y recobró para los cartagineses el dominio de España<sup>3</sup>. Pasó casi nueve años en los lugares citados y sometió a muchos iberos, unos por la guerra y otros por persuasión. Y acabó su vida de una manera digna de sus hazañas anteriores. En una refriega contra unos hombres muy fuertes, dotados de un gran vigor, se arrojó al peligro con audacia y sin pensárselo. Allí perdió la vida corajudamente<sup>4</sup>. Entonces los cartagineses entregaron el mando a Asdrúbal, yerno de Amílcar y triararco.

Fue en esta época<sup>5</sup> cuando los romanos pasaron por primera vez a la Iliria<sup>6</sup> e intentaron hacerse por la fuerza con esta parte de Europa. Los que quieren com-

*La guerra de Iliria*

prender a fondo nuestra exposición deben considerar este hecho no superficialmente, sino con detención, así como la formación y el crecimiento del imperio de los romanos. He aquí las causas que les hicieron prosperar: Agrón<sup>7</sup>, rey de los ilirios e hijo de Pleurato,

<sup>2</sup> El estrecho de Gibraltar.

<sup>3</sup> Los años que Amílcar pasó en la Península, a los que se alude seguidamente, son 237-229.

<sup>4</sup> Según Tito Livio, Amílcar murió ahogado al cruzar un río (XXIV 41, 3); otras fuentes le hacen morir asesinado por un bárbaro.

<sup>5</sup> Estamos en el año 229.

<sup>6</sup> Cf. nota 43 del primer libro.

<sup>7</sup> Un reyezuelo que controlaba las tribus que habitaban la Dalmacia y los territorios al S. de ésta; estas gentes vivían de

4 disponía de fuerzas terrestres y navales en gran número, procedentes de los que anteriormente a él habían  
5 reinado en Iliria. Demetrio<sup>8</sup>, el padre de Filipo, persuadió a Agrón con dinero para que ayudara a los medionios,  
6 asediados por los etolios<sup>9</sup>. Estos jamás lograron convencer a aquéllos para que ingresaran en su confederación<sup>10</sup>,  
7 y entonces se habían propuesto someterles por la fuerza. Los etolios salieron a campaña con su ejército íntegro,  
8 acamparon en torno a la ciudad de los medionios<sup>11</sup> y la asediaron muy de cerca; empleaban en la empresa todas sus tropas y todos sus ingenios bélicos.  
9 Llegó el tiempo de la elección de comandantes<sup>12</sup>, y era inevitable cambiar de general. Los asediados estaban ya en circunstancias críticas, y cada día parecía que iban a rendirse. El general que estaba todavía al mando de los etolios les dijo que, puesto que él había arrostrado las penalidades y los peligros que comportaba el asedio, era justo que le fuera concedida la distribución de los despojos, una vez obtenida la victoria, y también una mención en la dedicación  
10 de las armas<sup>13</sup>. Pero algunos, y especialmente los que

la piratería, que practicaban con unas naves de carga pequeñas y muy manejables, *lembi* en latín, cuya versión castellana más aproximada es «esquife».

<sup>8</sup> Demetrio II de Macedonia (239-229) y Filipo V (221-179).

<sup>9</sup> Primera aparición de los etolios, a los que Polibio profesaba una aversión manifiesta, tanto porque por dos veces habían destruido su ciudad natal de Megalópolis, como porque demostraban lo que hoy llamaríamos un talante decididamente democrático frente a la Liga Aquea, de orientación más conservadora.

<sup>10</sup> Sobre esta confederación etolia, cf. BINGSTON, *Geschichte*, pág. 398.

<sup>11</sup> Medión, en la Acarnania, cerca de la población actual de Katouna.

<sup>12</sup> Los etolios elegían a todos sus magistrados y cargos militares en Termo, en el equinoccio de otoño.

<sup>13</sup> La referencia es a un uso, quizás de un vago sentido religioso, por el cual se inscribía el nombre del general vencedor en las armas cogidas al ejército vencido.

pretendían el generalato, le discutían las afirmaciones y aconsejaban a la asamblea a no decidir por anticipado: se debía permitir que, al azar, la Fortuna concediera a quien quisiera la corona. Los etolios acordaron que si el general que iban a nombrar se apoderaba de la ciudad, compartiría con el anterior tanto la distribución del botín como la dedicación de las armas.

Este fue el acuerdo; y al día siguiente, según es la  
3 costumbre de los etolios, se debía hacer la elección y realizar la toma de posesión del mando. Pero aquella  
4 noche cinco mil ilirios navegaron a bordo de esquifes hacia el territorio de Medión, hasta unos parajes cercanos a la ciudad. Echaron anclas, y ya de día desembarcaron ocultamente y con presteza. Luego avanzaron en el orden que en ellos es habitual, en secciones,  
5 contra el campamento etolio. Los etolios, al ver lo ocurrido, se desconcertaron por la sorpresa y la audacia de los ilirios. Sin embargo, hacía mucho tiempo que tenían una alta idea de sí mismos, de modo que confiaron animosamente en sus tropas. Situaron delante  
6 mismo del campamento propio, en un terreno llano, a los hoplitas y a la mayor parte de su caballería; al resto de ésta y a su infantería ligera las emplazaron en lugares estratégicos favorables, delante de su atrincheramiento. Los ilirios cargaron primero contra la  
7 infantería ligera: por su número y por el peso de su formación la obligaron a retroceder. Después forzaron a la caballería, que se había lanzado al combate, a replegarse hacia su infantería pesada. Finalmente atacaron sin dilaciones, desde las alturas en que se  
8 habían situado, a los etolios formados en la llanura, y los pusieron rápidamente en fuga; los medionios desde su ciudad arremetieron simultáneamente contra los etolios. Mataron muchos enemigos y cogieron un  
9 número aún mayor de prisioneros; además se apodera-

ron de todo el bagaje. Cumplidas las órdenes de su rey, los ilirios cargaron en sus esquifes sus propios bagajes y el botín. Luego se hicieron a la mar, en navegación de regreso a su país.

4 Los medionios habían alcanzado una salvación inesperada. Se reunieron en asamblea, en la que deliberaron acerca de diversos temas, entre ellos el de la dedicación de las armas. Decretaron inscribir al jefe que había tenido el mando efectivo de los etolios y a los que habían pretendido sucederle, según el decreto de los propios etolios<sup>14</sup>. Por lo ocurrido en aquella ocasión la Fortuna mostró su poder característico, y lo realizó como si lo hiciera exprofeso para los demás hombres. Concedió a los medionios infligir en brevísimo tiempo a los enemigos lo que ellos mismos creían que iban a sufrir. Los etolios, por su parte, con aquel revés imprevisto evidenciaron a todos que no se debe deliberar sobre el futuro como si fuera pretérito, ni se debe concebir una esperanza demasiado segura en cosas que aún pueden ocurrir de otro modo. Somos hombres: siempre hay que ceder su parte a lo inopinado, principalmente en los asuntos bélicos<sup>15</sup>.

6 Después que arribaron sus esquifes, el rey Agrón oyó de los comandantes el relato del combate. La victoria sobre los etolios, gente realmente muy soberbia, le llenó de alegría: se dio a la bebida y a festines y enfermó de una pleuritis que en pocos días le produjo la muerte. Le sucedió en el reino su mujer, Teuta<sup>16</sup>, quien confió la dirección del gobierno, al menos en buena parte, a sus amigos. Pero, con un cálculo muy

<sup>14</sup> Esta inscripción es burlesca, naturalmente.

<sup>15</sup> También Polibio echa mano de lugares comunes manidos en el pensamiento de los hombres.

<sup>16</sup> En calidad, diríamos, de reina regente, pues el verdadero sucesor era el hijo de ambos, Pinnés. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

propio de mujeres, consideró únicamente el éxito que acababan de obtener, y no tuvo en cuenta para nada los intereses extranjeros: a los ilirios que navegaban por su cuenta, les otorgó licencia de depredar a aquellos con los que se toparan. Después juntó una flota, una fuerza no inferior a la anterior, y la mandó hacerse a la mar; ordenó a los jefes que consideraran cualquier país como enemigo.

Los enviados realizaron su primer ataque contra Elea y contra Mesina, regiones que los ilirios devastaban continuamente. En efecto, sus costas son dilatadas, y las ciudades principales distan mucho del mar, de modo que cuando los ilirios desembarcaban el socorro a las poblaciones litorales resultaba lento y tardío. Esto hacía que los ilirios atacaran impunemente y devastaran siempre estos territorios. Aquella vez fundearon frente a la ciudad de Fénice<sup>17</sup>, en el Epiro, con la intención de aprovisionarse. Allí entraron en tratos con unos galos que estaban en la Fenicia como mercenarios de los epirotas; su número era de unos ochocientos. Los ilirios pactaron con ellos la entrega de la ciudad. Desembarcaron con la colaboración de estos galos, con cuya ayuda, proporcionada desde dentro, se apoderaron de la ciudad y de lo que había en ella. Al saber lo ocurrido, los epirotas acudieron celosamente y con todas sus fuerzas en socorro de Fénice. Llegaron a sus proximidades y se desplegaron a orillas de un río que fluye junto a la ciudad. Arrancaron, para más seguridad, las tablas de un puente, y acamparon. Entonces supieron que Escerdiledas<sup>18</sup> se les acercaba por tierra con cinco mil ilirios, a través de

<sup>17</sup> Capital del Epiro, a doce kilómetros, tierra adentro, de la población actual albanesa de Saranda.

<sup>18</sup> Súbita aparición de este personaje, que jugará un cierto papel. Puesto que su hijo se llama Pleurato, igual que el padre de Agrón, seguramente Escerdiledas es hermano de éste.

los desfiladeros de Antigonea<sup>19</sup>. Se dividieron, y mandaron una parte de ellos a defender Antigonea; los restantes se lo pasaban despreocupadamente; descuidaban las guardias diurnas y las nocturnas. Los ilirios sabían que los epirotas se habían dividido, y además conocían su descuido. Efectuaron una salida nocturna, colocaron tablas en el puente, cruzaron el río sin peligro alguno y ocuparon un lugar inexpugnable, donde pasaron el resto de la noche. Ya de día, los dos bandos formaron frente a la ciudad y los epirotas fueron derrotados. Muchos de ellos murieron, pero fue capturado vivo un número aún mayor. Los restantes lograron huir al territorio de Atintania.

Debido a estos reveses, los epirotas perdieron toda la confianza que tenían en sí mismos, y enviaron legados a los etolios y al pueblo de los aqueos. Solicitaban ayuda urgente. Los demandados se compadecieron de las desgracias de los epirotas y les atendieron; acudieron inmediatamente en socorro de Helicrano<sup>20</sup>. Los ilirios que guarnecían Fénice primero se reunieron con Escerdiledas en la llanura, y acamparon frente a las tropas auxiliares; su intención era combatir. Pero el terreno era escarpado y les creaba dificultades; al propio tiempo recibieron unas cartas de Teuta en las que se les decía que ella creía necesario que regresaran a toda prisa a su país: una parte de la Iliria les había traicionado y se había pasado a los dárdanos<sup>21</sup>. Los expedicionarios ilirios habían devastado el Epiro, pero entonces hicieron un pacto con los epirotas: les devolverían la ciudad y los ciudadanos libres mediante un rescate. Embarcaron los esclavos y el resto del botín

<sup>19</sup> Antigonea, en las proximidades de la actual Telepeni; los desfiladeros son los que dan acceso al valle de Drinos.

<sup>20</sup> Se desconoce la localización de este topónimo.

<sup>21</sup> Población iliria situada al O. del actual río Drin, afluente del Vardar.

en sus esquifes y zarparon. Los hombres de Escerdiledas se retiraron de nuevo por los desfiladeros de Antigonea. Con todo, los ilirios infundieron un terror y un pánico no pequeños a los habitantes de las costas griegas, pues vieron cómo la ciudad más fuerte e inaccesible del Epiro había sido saqueada de manera inexplicable. Se acongojaban no ya por su territorio, sino por sus propias vidas y por sus ciudades.

Los epirotas, que se habían salvado contra toda esperanza, distaron tanto de intentar vengarse de los que les habían agredido como de ser agradecidos con sus valedores. Todo lo contrario: enviaron legados a Teuta y establecieron una alianza con acarnanios e ilirios: les ayudarían en las ocasiones que se presentaran, y dañarían a los aqueos y a los etolios. Con ello demostraron que trataban arbitrariamente a sus protectores, y que desde el principio habían sido erróneas las decisiones que habían tomado.

El hecho de que los hombres caigan inexplicablemente en una desgracia no se puede imputar a los que la sufren, sino a la Fortuna y a los que les causan el daño. Pero si alguien se arroja de manera evidente y absurda a las más grandes calamidades, en tal caso hay que reconocer que el fallo ha sido cometido por quien lo sufre. Aquéllos a los que un golpe del azar precipita a la ruina merecen compasión, comprensión y también ayuda; pero a los que fracasan por su propia negligencia les corresponde reproche y deshonor de parte de los juiciosos. Es lo que entonces, con toda razón, cosecharon los epirotas de parte de los griegos. En efecto, en primer lugar, ¿quiénes, conocedores de la mala reputación que acompañaba a aquellos galos, no hubieran recelado de poner en sus manos una ciudad próspera, que tantos atractivos ofrecía para una traición? En segundo lugar, ¿quién no habría sospechado de la intención de aquella horda? Éstos habían

sido expulsados de su propia ciudad, pues sus mismos  
 conciudadanos habían salido contra ellos, por haber  
 7 traicionado a sus propios parientes y amigos. En efec-  
 to, cuando los cartagineses se veían oprimidos por la  
 guerra, dieron acogida a estos galos. Pero en primer  
 lugar, al surgir una discordia entre los soldados y sus  
 generales a propósito de las soldadas, los galos se lan-  
 zaron al punto a saquear la ciudad de los agrigentinos,  
 en la que habían sido establecidos como guarnición;  
 8 eran entonces más de tres mil. Después, cuando la ase-  
 diaban los romanos, fueron trasladados a Érice para  
 prestar allí el mismo servicio e intentaron traicionar  
 9 a la ciudad y a los asediados. En ello fracasaron, y  
 por esto se pasaron al enemigo. Éste confió en ellos, y  
 los galos le saquearon el templo de Afrodita Ericina.  
 10 Los romanos se dieron cuenta muy claramente de su  
 deslealtad, y así que acabaron la guerra contra los  
 cartagineses hicieron lo más conveniente: desarmar a  
 los galos, meterles en navíos y situarles fuera de los  
 11 límites de Italia. De modo que los epirotas, si se ra-  
 zona correctamente, ¿podrían no aparecer como cau-  
 santes de sus propias desgracias, si convirtieron a estos  
 galos en guardianes de la democracia y de las leyes,  
 y pusieron en sus manos la más próspera de sus ciu-  
 12 dades? Con ocasión de la necesidad de los epirotas he  
 creído útil recordar que los juiciosos no deben nunca  
 admitir una guarnición demasiado fuerte, principalmen-  
 te si se trata de extranjeros.  
 8 Ya en tiempos anteriores los ilirios molestaban sin  
 2 causa a los navegantes<sup>22</sup> procedentes de Italia. En aque-  
 lla época en que asediaban Fénice, muchos se separa-  
 ban de la flota; a un tiempo saqueaban a unos comer-  
 ciantes italianos, degollaban a otros y, a no pocos, los  
 3 cogían vivos y se los llevaban. Hasta entonces los ro-

<sup>22</sup> Que se dedicaban al comercio.

manos habían hecho poco caso de los que acusaban  
 a los ilirios, pero en vista de que iban llegando más  
 quejas al senado, enviaron legados a Iliria, en calidad  
 de inspectores, acerca de aquellas acusaciones, a Cayo  
 y Lucio Coruncanio. Cuando llegaron a ella los esquifes  
 4 procedentes del Epiro, Teuta, admirada por la cantidad  
 y belleza del botín transportado, pues por aquel enton-  
 ces Fénice aventajaba mucho en prosperidad a las ciu-  
 dades restantes del Epiro, se reafirmó doblemente en  
 su propósito de maltratar a los griegos. Sin embargo,  
 5 primero se contuvo por ciertos conflictos internos.  
 Pero reducidos pronto los ilirios que se habían suble-  
 vado, puso asedio a la ciudad de Isa<sup>23</sup>, que era la única  
 que no se le había sometido. Y fue precisamente en  
 6 aquel momento que se presentaron los legados roma-  
 nos. Se les concedió una audiencia, y hablaron de las  
 injusticias que se habían cometido contra ellos. Du-  
 7 rante toda la entrevista Teuta les escuchó de modo  
 desdeñoso y altanero. Concluido el parlamento de los  
 8 romanos, les manifestó que, de nación a nación, procura-  
 ría que a los romanos no les sucediera nada injusto  
 de parte de los ilirios, pero que en lo que se refería a  
 los ciudadanos particulares, no era legal que los reyes  
 impidieran a los ilirios sacar provecho del mar. El más  
 9 joven de los legados romanos, indignado por lo que  
 allí se había dicho, se produjo con una franqueza natu-  
 ral, pero en modo alguno oportuna; exclamó: «Los  
 10 romanos, oh Teuta, tienen la bellísima costumbre de  
 castigar públicamente los crímenes privados y de soco-  
 rrer a las víctimas de la injusticia. De manera que, si  
 un dios lo quiere, intentaremos rápida e inexorable-  
 mente obligarte a enderezar las normas reales respecto  
 a los ilirios.» Ella recibió esta franqueza con un coraje  
 11 mujeril e irracional. Se enfureció hasta tal punto ante

<sup>23</sup> Sobre la costa dálmata; hoy es la isla de Cisa.

lo que había oído, que menospreciando las normas promulgadas entre los hombres, cuando los romanos ya partían, mandó a unos sicarios que asesinaran al legado que había hablado con tanta libertad. Llegó a Roma noticia de lo sucedido, y los romanos, irritados por el crimen de aquella mujer, se dispusieron al punto; alistaron un ejército y concentraron una flota.

9 Llegada la primavera<sup>24</sup>, Teuta equipó esquifes en número superior al de antes y los mandó de nuevo a las regiones de Grecia. Una parte de ellos puso rumbo hacia Corcira<sup>25</sup>, y la otra abordó en el puerto de Epidamno. En apariencia pretendía aguar y aprovisionarse, pero en realidad era una estratagema, un golpe de mano contra la ciudad. Los epidamnios les recibieron descuidadamente, porque no maliciaron nada, y los ilirios penetraron con los vestidos solamente, fingiendo ir a buscar agua, pero llevaban puñales ocultos en las vasijas. Degollaron a los centinelas de las poternas y adueñaron rápidamente de los portales. Según lo previsto, desde los navíos se apoyó enérgicamente la acción, y así los ilirios conquistaron fácilmente la mayor parte de las murallas. Los ciudadanos epidamnios no estaban preparados, porque no esperaban nada. Sin embargo, se aprestaron con valor a la defensa y lucharon; se opusieron largo tiempo a los ilirios y acabaron echándoles de la ciudad. En esta ocasión, pues, por su negligencia corrieron el peligro de perder la patria, pero por su valor aprendieron impunemente una lección para el futuro.

7 Los comandantes de los ilirios se hicieron precipitadamente a la mar, se unieron a los que les precedían en aquella navegación y fondearon ante Corcira. Des-

<sup>24</sup> Del año 229. Para las complicaciones políticas que produjo esta actitud de Teuta, cf. BENGSTON, *Geschichte*, pág. 396.

<sup>25</sup> La actual isla de Corfú; Epidamno es la actual Durazzo, en la costa dálmata.

embarcaron por sorpresa e iniciaron el asedio de la ciudad. Estos hechos pusieron en situación difícil a los corcirenses, que ya desesperaron totalmente de salvarse. Enviaron legaciones a los aqueos y a los etolios, y con las de ellos mandaron embajadas también los apoloniatas<sup>26</sup> y los epidamnios: todos solicitaban ayuda inmediata para evitar que los ilirios les echaran de sus territorios. Los demandados atendieron a las legaciones, aceptaron sus argumentos y dotaron conjuntamente diez naves de transporte que poseían los aqueos; en pocos días las dispusieron y navegaron hacia Corcira con la esperanza de levantar el cerco.

Por su alianza, los ilirios habían recibido siete naves cubiertas de los acarnanios; se hicieron a la mar y trabaron combate con las naves de los aqueos junto a las islas llamadas Paxos<sup>27</sup>. Los acarnanios y las naves de los aqueos, adversarios de los ilirios, libraron contra ellos un combate indeciso. Durante la liza no sufrieron pérdidas, a excepción de algunos heridos. Los ilirios agruparon sus esquifes en grupos de cuatro y atacaron al enemigo. Descuidando su propia defensa, atacaron de flanco, con lo que favorecían la embestida enemiga. Cuando sus naves de primera fila hubieron recibido el golpe del espolón y quedaron fijas en el choque, los aqueos se encontraron en situación difícil, sujetos por sus propios espolones a los esquifes agrupados. Los ilirios saltaron a los puentes de las naves aqueas y se apoderaron de ellas porque eran superiores en número. De este modo se adueñaron de cuatro naves cuatrirremes y hundieron una quinquerreme con su tripulación, en la cual navegaba Margos de Carinea, hombre que se había comportado con toda lealtad para con la

<sup>26</sup> Apolonia, villa y puerto griego en la costa del Epiro, hoy Vallona, en Albania.

<sup>27</sup> Son dos pequeñas islas, Paxos y Antipaxos, al E. de Corcira.

6 Confederación Aquea hasta que murió. Los que lucha-  
 ban a favor de los acarnanios se apercibieron de la  
 victoria de los ilirios y, fiados en la ligereza de sus  
 naves, se retiraron, con viento en popa, con toda segu-  
 7 ridad hacia su país. Y el grueso de los ilirios, enva-  
 lentonados por aquel triunfo, prosiguieron el asedio  
 8 con facilidad y confianza. Los corcirenses, desesperados  
 ya totalmente ante lo ocurrido, sostuvieron todavía  
 algún tiempo el asedio, pero pactaron con los ilirios  
 y aceptaron una guarnición, y con ella a Demetrio de  
 9 Faros<sup>28</sup>. Tras esto los comandantes ilirios zarparon in-  
 mediatamente, fondearon frente a Epidamno y reem-  
 prendieron el asedio de esta ciudad.

11 Era el tiempo<sup>29</sup> en que uno de los cónsules roma-  
 nos, Cneo Fulvio, zarpó de Roma con doscientas naves,  
 y Aulio Postumio, el otro cónsul, salió con las fuerzas  
 2 terrestres. La primera intención de Cneo fue navegar  
 hacia Corcira, en la suposición de que encontraría el  
 3 asedio todavía sin decidir. Se le había pasado la oca-  
 sión y, sin embargo, navegó hacia la isla, con el pro-  
 pósito, al mismo tiempo, de conocer exactamente lo  
 ocurrido en la ciudad y de averiguar si era verdad lo  
 4 que proponía Demetrio. Éste, víctima de calumnias,  
 recelaba de Teuta, y había enviado emisarios a los  
 romanos: les proponía entregarles la plaza y confiar-  
 5 les todo lo que tenía en su poder. Los corcirenses vieron  
 con agrado la presencia de los romanos, y con el con-  
 sentimiento de Demetrio les entregaron la guarnición  
 iliria, y se avinieron a situarse bajo protección roma-  
 na<sup>30</sup>; comprendían que, ante las injurias de los ilirios,

<sup>28</sup> Primera aparición de este personaje, que jugará un papel relevante en la guerra contra Cleómenes; se alió a Antígono. Una sucinta relación de su intervención, en BENGSTON, *Geschichte*, pág. 398.

<sup>29</sup> La primavera del 229.

<sup>30</sup> Era la acción denominada jurídicamente una *deditio*, por la que un pueblo o ciudad se colocaba bajo la tutela de Roma;

ésta era la única seguridad para el futuro. Los romanos 6  
 aceptaron, pues, la amistad de los corcirenses, y a con-  
 tinuación navegaron hacia Apolonia; para las acciones  
 futuras nombraron jefe a Demetrio. Todo esto era en 7  
 la misma época en que Postumio hizo pasar sus tropas  
 terrestres desde Brindisi, unos veinte mil soldados de 8  
 a pie y unos dos mil jinetes. Y cuando habían concen-  
 trado sus fuerzas terrestres y navales en Apolonia, aco-  
 giéndoles sus habitantes y confiándose a su protectora-  
 do, los romanos se hicieron de nuevo a la mar, al saber  
 que Epidamno estaba asediada. Ante el ataque de los ro- 9  
 manos, los ilirios levantaron desordenadamente el cerco  
 y huyeron. Los romanos, tras aceptar en su protecto- 10  
 rado también a los epidamnios, progresaron hacia el  
 interior de la Iliria y sometieron a los ardieos<sup>31</sup>. Les 11  
 salieron al encuentro todavía más embajadas que se  
 les confiaban con todo lo suyo; entre ellas acudieron  
 las de los partinos. Los romanos aceptaron la amistad  
 de todos ellos, e igualmente la de unos atintanos que  
 se les presentaron. Luego avanzaron con la intención  
 de dirigirse a Isa, porque esta ciudad también estaba  
 asediada por los ilirios. Llegaron, levantaron el cerco, 12  
 e incluyeron en su protectorado también a los iseos.  
 En su navegación a lo largo de la costa tomaron algu- 13  
 nas ciudades ilirias; en las situadas en las proximida-  
 des de Nutria<sup>32</sup> no sólo perdieron muchos soldados,  
 sino algunos tribunos y un cuestor. En cambio, se apo- 14  
 deraron de veinte esquifes que se llevaban la produc-

lo mismo vale, más abajo, para Corcira (5), Apolonia (8), Epidamno (10), los partinos y los atintanos (11). Todo este capítulo está festoneado de terminología técnica. Véase su discusión y precisión en WALBANK, *Commentary*, págs. 161-162.

<sup>31</sup> Los ardieos y los atintanos eran pueblos del S. de la Iliria, y los últimos, concretamente, eran griegos emigrados de la región del Epiro.

<sup>32</sup> El emplazamiento de Nutria nos es desconocido.

15 ción del país. De los que asediaban Isa, los apostados  
en Faros no sufrieron castigo, por la intercesión de  
Demetrio. Los demás huyeron masivamente a la des-  
16 bandada hacia Arbón<sup>33</sup>. Teuta se salvó con unos pocos  
en Rizon<sup>34</sup>, pequeña población bien fortificada, alejada  
17 del mar y situada a la orilla misma del río Rizon. Tras  
todas estas acciones los romanos pusieron bajo el go-  
bierno de Demetrio la mayor parte, con mucho, de la  
Iliria: le proporcionaron un gran reino. Luego se reple-  
garon a Epidamno con sus tropas navales y terres-  
tres.

12 Cneo Fulvio regresó a Roma con la mayor parte de  
2 sus fuerzas marítimas y de tierra; Postumio se quedó  
allí, con cuarenta bajeles, reclutó una legión de las ciu-  
dades circundantes e hibernó; amparaba tanto a los  
ardieos como a todos los demás que se habían con-  
3 fiado al protectorado romano. Al llegar la primavera  
Teuta envió una legación a los romanos y establece un  
pacto con ellos, en el que consiente en abonar los  
tributos<sup>35</sup> que se le impongan, en retirarse de toda la  
Iliria, a excepción de unos pocos lugares, y —lo que  
más interesaba a los griegos— en no navegar hacia el  
sur del Liso<sup>36</sup> con más de dos esquifes, y éstos desar-  
4 mados. Cumplido esto, Postumio despachó embajadas  
a los etolios y a la Confederación aquea. Estos, al  
llegar, justificaron ante ellos en primer lugar los moti-

<sup>33</sup> Arbón es de localización también difícil; WALBANK, *Commentary*, ad loc., apunta un emplazamiento no lejos de la actual Tirana.

<sup>34</sup> Actualmente Risano, al fondo de la bahía de Cattaro, donde desemboca un río que en la antigüedad llevaba el mismo nombre.

<sup>35</sup> La palabra griega aquí no es absolutamente clara. Quizás signifique sólo «indemnización». La diferencia tiene repercusión jurídica.

<sup>36</sup> Es una plaza, llamada actualmente Alessio, situada en la desembocadura del río Drin.

vos de la guerra y de su travesía del mar, para expo-  
ner, seguidamente, todo lo realizado y para explicar los  
términos del acuerdo formalizado con los ilirios. Am- 5  
bos pueblos patentizaron la debida cortesía a los lega-  
dos, que regresaron a Corcira; los pactos citados ha-  
bían librado a los griegos de un temor considerable,  
pues los ilirios eran enemigos no de algunos griegos, 6  
sino de todos.

Esta fue la primera travesía de los romanos con un 7  
ejército a la Iliria y, en general, a esta parte de Europa;  
los tratos, por medio de embajadas, con los países  
griegos se debieron a las causas aducidas. Después de 8  
este comienzo, los romanos enviaron inmediatamente  
otras legaciones a los corintios y a los atenienses; fue  
la primera vez que los corintios se avinieron a que los  
romanos participaran en los juegos del Istmo.

En esta misma época Asdrúbal 13  
(pues dejamos en este punto los  
*Asdrúbal, en España* asuntos de España) ejercitaba su  
mandato con habilidad y realismo, y en conjunto logró un gran

progreso cuando erigió la población que unos llaman  
Villa Nueva y otros Cartago, fundación que contribuyó  
muchísimo a favorecer la política de los cartagineses,  
principalmente por la situación estratégica del lugar, 2  
tanto por lo que se refiere a España como por lo que  
a África. Cuando se presente una ocasión más oportuna<sup>37</sup>  
trataremos de la situación y de la utilidad de  
este lugar y del servicio que puede prestar a los países  
citados. Los romanos constataron que allí se había 3  
establecido un poder mayor y temible, y pasaron a  
preocuparse de España. Vieron que en los tiempos an- 4  
teriores se habían como dormido y que los cartagineses  
se les habían anticipado a construir un gran imperio, e

<sup>37</sup> Cf. X 10.

intentaron con todas sus fuerzas recuperar lo perdido. 5 Pero de momento no se atrevían a exigir nada a los cartagineses ni a hacerles la guerra, porque pendía sobre ellos su temor a los galos, en sus mismas fronteras, y aguardaban su invasión día tras día. De modo 6 que los romanos halagaban y trataban benigneamente a Asdrúbal, pues habían decidido arriesgarse contra los galos y atacarles: suponían que no podrían dominar a Italia ni vivir con seguridad en su propia patria mien- 7 tras tuvieran por vecinos a estas gentes. Despacharon legados a Asdrúbal y establecieron un pacto con él, en el que, silenciando el resto de España<sup>38</sup>, se dispuso que los cartagineses no atravesarían con fines bélicos el río llamado Ebro<sup>39</sup>. Esto se hizo al tiempo que los romanos declararon la guerra a los galos de Italia.

14                   Acerca de este punto creo útil una exposición resumida, acomodada, según el plan inicial, a esta *Introducción*, un recorrido cronológico desde los orígenes, cuando los galos citados se establecieron en el país. Estoy convencido de que su historia no sólo merece ser conocida y recordada, sino de que, en último término, es necesaria para averiguar los hombres y lugares en que confió Aníbal cuando se dispuso a destruir el poderío romano. Primero hay que tratar cómo es el país y cómo se encuentra respecto del resto de Italia. En

<sup>38</sup> Tito Livio, XXI 1, dice todo lo contrario, que cartagineses y romanos delimitaron sus zonas de influencia en España. Sea como sea, esto, que se ha dado en llamar «tratado del Ebro», debe colocarse entre el otoño del año 226 y la primavera del 225.

<sup>39</sup> Parece que Polibio estuvo en España, pero posteriormente a la redacción de este libro II. Aquí podría ser que la referencia al Ebro sea, realmente, al río Júcar; cuando se trate de la ciudad de Sagunto, la confusión entre ambos ríos por parte de Polibio es indiscutible.

efecto: la descripción de las peculiaridades de los territorios y de la región posibilitará un conocimiento mejor de las acciones bélicas.

La forma del conjunto de Italia es triangular<sup>40</sup>; uno 4 de sus lados, el que se extiende hacia oriente, limita con el mar Jonio y a continuación con el golfo Adriático; el lado occidental, orientado a poniente, viene limitado por el mar de Sicilia y el Tirreno. Estos lados 5 coinciden y forman un vértice del triángulo, el cabo italiano más meridional, llamado Cócito<sup>41</sup>, que separa el mar Jonio del Siciliano. El resto del país, que se ex- 6 tiende por el norte y por la parte central, viene limitado, ininterrumpidamente, por la cordillera de los Alpes, que arranca en Marsella, y a través de las regiones del mar de Cerdeña sigue, sin solución de continuidad, hasta el fondo del Adriático. Hay sólo un pequeño espacio en que deja de tener contacto con él. Al pie de la cordillera citada, a la que cabe imaginar 7 como base del triángulo, se extienden de sur a norte las llanuras de Italia. Ahora vamos a tratar de ellas; en extensión y fertilidad superan a las demás de Europa que caen en el ámbito de nuestra *Historia*. En cuanto 8 al trazado de la figura: también el perímetro de estas llanuras es triangular. El vértice de este triángulo lo forma la conjunción de los Alpes y los montes llamados Apeninos, contacto que se da no lejos del mar de Cerdeña, encima de Marsella. El lado septentrional, como 9 dije más arriba, lo forman los Alpes. Tiene una longitud de dos mil doscientos estadios<sup>42</sup>. El lado meridio- 10

<sup>40</sup> Es evidente que Italia no tiene forma de triángulo, y el mismo ESTRABÓN (V 210) refuta esta afirmación de Polibio.

<sup>41</sup> Punta di Stilo, en la extremidad de Bruttium. Polibio ignora la popularmente llamada «punta de la bota» italiana, y el golfo de Tarento. Un buen mapa del mundo mediterráneo en esta época, lo ofrece *Weltatlas*, pág. 29.

<sup>42</sup> 329 kilómetros. Pero en realidad la longitud es mucho mayor.

nal lo forman los Apeninos: su extensión, tres mil trescientos estadios. La línea que forma la base de toda la figura es la costa del golfo Adriático; la dimensión de esta base, desde la ciudad de Sine<sup>43</sup> hasta lo más profundo del golfo, es de dos mil quinientos estadios. De modo que el perímetro íntegro de las llanuras citadas no dista mucho de los diez mil estadios.

15 Describir su fertilidad no es fácil. En ciertos parajes la abundancia de grano es tal que muchas veces, en nuestra época, el medimno<sup>44</sup> siciliano de trigo ha valido cuatro óbolos; el de cebada, dos, y la metreta de vino se ha vendido al precio de un medimno de cebada. En estas regiones el mijo y el maíz se dan con especial abundancia. La cantidad de bellotas producida por las encinas esparcidas por las llanuras se puede calcular principalmente a base de lo que sigue: del ganado de cerda sacrificado en Italia para el consumo doméstico y para el avituallamiento de tropas, la mayor parte procede de estas llanuras. En lo que atañe, concretamente, a la baratura y abundancia de comestibles, se puede hacer el siguiente cálculo, muy exacto: los viajeros que recorren este país hacen sus tratos en posadas sin ajustar el precio de cada cosa, sino que preguntan cuánto se paga, globalmente, por persona. Las más de las veces los posaderos se avienen a proveer a los huéspedes de todo lo necesario por medios, que es la cuarta parte de un óbolo; raramente se excede esta cantidad. Las acciones bélicas explicarán por sí mismas el gran número de hombres, su estatura y prestancia corporales, e incluso su audacia en la guerra. En las dos vertientes de los Alpes, la que da

<sup>43</sup> La Sena Gallica de los romanos, actualmente Sinigaglia.

<sup>44</sup> Medida de capacidad para sólidos que equivalía a cinco modios romanos, cincuenta y un litros modernos. El óbolo era la sexta parte de un dracma. La metreta equivalía a treinta y nueve litros.

al río Ródano y la que baja a las llanuras mencionadas, los parajes que tienen tierras cultivables están habitados, aunque sean montañosos. La vertiente del Ródano, que mira hacia el norte, la habitan los galos llamados transalpinos, y la que da a las llanuras, los tauriscos<sup>45</sup>, los agones y otros linajes bárbaros. Se les llama transalpinos no porque esto denote su linaje, sino por la diferencia de lugar: «trans», en efecto, significa, traducido, «al otro lado de», por esto a los que viven más allá de los Alpes se les llama transalpinos. Las cimas, por su fragosidad y por la gran cantidad de nieves perpetuas, están totalmente deshabitadas.

Desde su comienzo, al norte de Marsella, donde coinciden con los Alpes, los Apeninos están habitados por los ligures, tanto en la vertiente que desciende hacia el mar Tirreno como en la de las llanuras, o sea, en la zona costera hasta la ciudad de Pisa, que es la primera que se encuentra en la Etruria<sup>46</sup> por el oeste, tierra adentro, hasta el país de los arretinos<sup>47</sup>. A continuación vienen los tirrenos<sup>48</sup> y, seguidamente, son los umbros<sup>49</sup> los que habitan ambas laderas de los montes citados. Después los Apeninos, que distan del mar Adriático unos quinientos estadios, dejan las llanuras, vuelven a la derecha y se alargan por el centro de la mitad restante de Italia; se extienden hasta el mar de Sicilia. La parte llana de este lado se extiende hasta el mar y hasta la ciudad de Sena. El río Po, celebrado por los poetas bajo el nombre de Eridano, tiene sus

<sup>45</sup> Los tauriscos son llamados taurinos en III 60, 8. Habitan el actual Piamonte. Los agones no sabemos quiénes eran.

<sup>46</sup> La actual Toscana.

<sup>47</sup> El territorio cuya capital es la actual Durazzo.

<sup>48</sup> Los etruscos.

<sup>49</sup> Los umbros, con lengua propia, paralela al osco y al latín, ocuparon en tiempos remotos un área mucho más extensa que la que ocupaban en esta época. Cf. WALBANK, *Comentary*, ad loc.

fuentes en los Alpes, hacia el vértice de la figura que mencionábamos; desciende hacia la llanura y fluye en 7 dirección sur. Cuando llega a los llanos tuerce su curso y enfila por ellos en dirección este. Desemboca por dos brazos en el golfo Adriático; el Po divide esta llanura de una manera tal que su parte mayor es la que limi- 8 tan los Alpes y el interior del golfo Adriático. Es el río más caudaloso de Italia, debido a que todas las corrientes que bajan hacia la llanura desde los Alpes 9 y desde los Apeninos afluyen a él por todas partes. El caudal máximo y más bello lo lleva en la subida de Sirio<sup>50</sup>; entonces el río baja acrecido por la gran can- 10 tidad de nieve fundida en los montes citados. Es navegable desde el mar por la boca llamada Olana<sup>51</sup>, en un 11 recorrido de unos dos mil estadios. Su curso inicial desde las fuentes es único, pero en el lugar llamado Trigábolos<sup>52</sup> se escinde en dos; uno de estos brazos se 12 llama Padua y el otro Olana. En este último hay un puerto que es el que en el Adriático ofrece más seguridad a los barcos que fondean en este mar. Los natu- 13 rales del país llaman a este río Bodenco. En cuanto a lo que los griegos narran acerca de este río, la historia de Faetón y de su caída, las lágrimas de los chopos<sup>53</sup>,

<sup>50</sup> A finales de julio.

<sup>51</sup> Es la boca N. de la desembocadura del Po, actualmente Po di Volano, más al N.; al S., Po di Primaro. Frente a otras descripciones geográficas confusas, esta descripción polibiana del curso del Po, principalmente en su parte inferior, es de notable exactitud. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>52</sup> Desconocemos la ubicación del lugar, pero indudablemente está cerca de Ferrara.

<sup>53</sup> Cuenta la leyenda que un día guió el carro de su padre, pero los caballos se le desbocaron y, fuera de su ruta ordinaria, inflamó la tierra. Entonces, para castigarle, Zeus le lanzó el rayo y le precipitó en el río Eridano; sus hermanas se convirtieron en álamos, y las lágrimas que habían vertido se convirtieron en gotas de ámbar. Véase P. GRIMALDI, *Diccionario de*

y que los habitantes de sus márgenes visten de negro porque, según cuentan, llevan aún luto por Faetón, toda esta materia de tragedia o de especie análoga, de 14 momento no la trataremos, porque una crítica pormenorizada de estas fábulas en una *Introducción* no se ajusta a las reglas del género. Sin embargo, llegado el 15 momento oportuno, se las tendrá en cuenta cual corresponde, principalmente por la ignorancia de Timeo acerca de este país.

*Los galos.  
Sus invasiones  
de Italia*

Antiguamente ocuparon estas 17 llanuras los etruscos, cuando habitaban también los llamados Campos Flegreos, en los territorios de Capua y de Nola, región muy frecuentada y conocida, que adquirió por ello gran fama de fértil. Los que investigan el poderío 2 etrusco no deben mencionar sólo los territorios que los etruscos ocupan ahora, sino también las llanuras citadas y los recursos que extraían de estas regiones. Los etruscos se relacionaban con los galos por razón 3 de vecindad, pero los galos miraban codiciosamente el país por su belleza. Buscaron un pequeño pretexto, invadieron aquellas tierras con un gran ejército, expulsaron a los etruscos de la región del Po y se quedaron con la llanura. Ocuparon primero las regiones del 4 norte del Po, el país de los laos y el de los lebecios<sup>54</sup>, después el de los insubres, el linaje más populoso de

*mitología* (traducción castellana de F. PAYAROLS), Barcelona, 1966, artículo «Faetonte».

<sup>54</sup> Los laos son los *laevi* de TITO LIVIO (V 35, 2). Los lebecios son los *libui* de TITO LIVIO en el lugar citado. Estas tribus habitaban los valles del curso inferior del río Tesino y del río Sesia. Los insubres eran la tribu más importante de esta llanura, y su capital era Mediolanum (la actual Milán). Los cenomanos vivían ya al pie de los Alpes. El dato de Polibio en esta última indicación es, más bien, inexacto.

entre ellos, y a continuación las tierras de los cenó-  
 5 manos, ya en las márgenes del río. Las tierras litora-  
 les del Adriático eran poseídas por un linaje muy  
 antiguo, el de los llamados vénetos<sup>55</sup>, poco diferentes  
 de los galos en costumbres y en vestido, pero que ha-  
 6 blan un lenguaje distinto. Sobre ellos los poetas trá-  
 gicos han escrito mucho y han montado muchas cosas  
 7 fantásticas. Las regiones de la otra orilla del Po, las  
 de los Apeninos, las habitaron primero los ananes<sup>56</sup>,  
 y después los boyos<sup>57</sup>; a continuación, en dirección al  
 Adriático, los lingones, y al final, ya junto al mar, los  
 senones.

8 Lo que se ha consignado es lo más notable acerca  
 9 de los pueblos de estos territorios. Habitaban aldeas  
 no amuralladas, y no usaban de más ajuar que el  
 10 estrictamente necesario. Dormían en lechos de hoja-  
 rasca, comían carne y sólo practicaban la agricultura  
 o la guerra, por lo cual su vida era muy simple. Entre  
 11 ellos, artes y ciencias eran algo desconocido. Sus únicos  
 bienes eran el ganado y el oro, ya que, dado su gé-  
 nero de vida, era lo único que podían llevarse fácil-  
 12 cias. Ponían su máximo empeño en formar clanes,

<sup>55</sup> La actual Venecia, y la región de la que es capital.

<sup>56</sup> Hay vacilaciones sobre la grafía de este pueblo: las fuentes dan, alternativamente, «anares» o «anamares», además de la aceptada en el texto. Vivían en el curso inferior del Po, entre éste y el río Trebia.

<sup>57</sup> Los boyos procedían de la Galia transalpina, habían cruzado los Alpes por el gran San Bernardo, y se establecieron entre el Po y los Alpes; su capital fue Bononia, la actual Bolonia. Los lingones procedían de la región del Marne y del Saona; cruzaron los Alpes y se establecieron entre Ravena y Rímini. Los senones procedían del valle del Sena, y en Italia se establecieron en la región cuya capital es Siena, de la cual expulsaron a los umbros, que se desplazaron, en dirección N., hacia los Alpes.

porque entre ellos se consideraba el más poderoso y el más temible el que diera la impresión de tener el máximo número de clientes y de asociados<sup>58</sup>.

Desde el principio se apoderaron no sólo de este 18  
 país, sino que sometieron a muchos limítrofes intimi-  
 dados por su audacia. Después de algún tiempo ven- 2  
 cieron en una batalla a los romanos y a sus aliados.  
 Les persiguieron en su huida, y tres días después de  
 la batalla llegaron a ocupar la ciudad de Roma<sup>59</sup>, a  
 excepción del Capitolio. Pero sufrieron un contratiem- 3  
 po: los vénetos les invadieron el territorio, por lo que  
 los galos pactaron con los romanos, les devolvieron la  
 ciudad y regresaron a sus tierras. Después se enzarza- 4  
 ron en contiendas internas, y además algunas gentes  
 de las regiones alpinas se unían con frecuencia contra  
 ellos y les atacaban, porque veían la prosperidad a que  
 habían llegado. Por aquel entonces los romanos habían 5  
 recuperado su potencia y se habían adueñado otra vez  
 del Lacio. Pero cuando los galos se presentaron treinta 6  
 años después de nuevo en Alba Longa con un gran  
 ejército, los romanos no se atrevieron a hacer salir  
 sus legiones: la incursión había sido súbita, habían  
 sido cogidos de sorpresa y no lograron concentrar rá-  
 pidamente las tropas de los aliados. Al cabo de doce 7  
 años sufrieron otra invasión; un gran ejército se diri-  
 gía contra ellos, pero lo supieron a tiempo, agruparon  
 a los aliados e hicieron frente a la situación con gran  
 coraje, poseídos del afán de combatir y de jugarse el 8  
 todo por el todo. Los galos, sorprendidos por la ofen-  
 siva romana, y con discordias internas, al llegar la no-  
 che se retiraron a su país. Fue casi una fuga. Debido 9

<sup>58</sup> Institución típica romana: los *clientes* eran los convidados pobres en las mesas de los ricos; una burla sarcástica de ellos la ofrece JUVENAL en su sátira V. Sobre la importancia que a ello daban los galos, cf. CÉSAR, *La Guerra de las Galias*, VI 15, 2.

<sup>59</sup> En el año 387/6.

al miedo que pasaron, durante trece años permanecieron inactivos, y después, al comprobar que el poderío de los romanos había crecido, hicieron con ellos un tratado de paz.

19 Este pacto fue observado fielmente durante treinta años. Entonces se produjo un movimiento de los galos transalpinos, y los cisalpinos temieron una guerra difícil. Con regalos y con alusiones a su afinidad desviaron de ellos los ataques de los invasores, a los que incitaron contra los romanos; ellos mismos tomaron 2 parte en la campaña. La marcha se hizo a través de la Etruria, y los etruscos colaboraron en la acción. Capturaron un botín abundante y abandonaron sin peligro los dominios romanos. Pero llegados a su país se pelearon por codicia del botín conseguido: acabaron destruyéndolo en su mayor parte, y lo mismo hicieron 4 con sus tropas. Cuando se han adueñado de propiedades de sus vecinos, entre los galos tal conducta es habitual, a causa más que nada de comilonas y borracheras irracionales.

5 Después de esto, al cabo de cuatro años samnitas<sup>60</sup> y galos se coaligaron y presentaron batalla a los romanos en la región de Camerino<sup>61</sup>. Mataron a muchos 6 en la refriega. Pero pese a la derrota sufrida, los romanos resistieron tenazmente, al cabo de pocos días salieron a campaña y en el país de Sentino<sup>62</sup> entraron en combate con todas sus tropas contra los coaligados en cuestión. Mataron a la mayor parte de ellos y forzaron a huir a los restantes atropelladamente a su 7 país. Pasaron de nuevo diez años, y los galos se presentaron con un ejército formidable a asediar la ciudad

<sup>60</sup> Sobre los samnitas, véase I 6, 4.

<sup>61</sup> Ciudad situada al S. de la Umbría, en las laderas de los Apeninos.

<sup>62</sup> Villa de la Umbría, en el curso superior del río Esino.

de Arezzo<sup>63</sup>. Los romanos acudieron a socorrerla, tra- 8 baron combate delante de la ciudad y fueron derrotados. En esta batalla murió el cónsul Lucio Cecilio Metelo, y fue reemplazado por Manio Curio Dentato, que envió mensajeros al país de los galos para tratar 9 de los prisioneros. Los galos, violando el derecho de gentes, mataron a los legados. Enfurecidos, los romanos salieron sin dilaciones en campaña, y se les opusieron los galos llamados senones, que entablaron combate contra ellos. Vencieron los romanos en una batalla 11 en toda regla, mataron a la mayoría de enemigos y expulsaron a los restantes. Así se apoderaron de aquel país. Enviaron a él la primera colonia romana en tie- 12 rras galas, sita en la ciudad llamada Sena, pues llevó el mismo nombre de los galos que habitaron allí anteriormente. Precisamente de Sena hemos aclarado un 13 poco más arriba que está junto al mar Adriático, en un extremo de la llanura del río Po.

Los boyos, al ver el desastre de los senones, temie- 20 ron algo parecido para sí mismos y para su país. Llamaron a los etruscos y salieron a campaña con el ejército íntegro<sup>64</sup>. Se reunieron junto al lago Vadi- 2 món<sup>65</sup> y presentaron batalla a los romanos. En ella 3 la mayoría de etruscos murió, y muy pocos de los boyos lograron escapar. Sin embargo, al año siguiente 4 los citados pueblos se coaligaron de nuevo y armaron incluso a los jóvenes que acababan de entrar en la pubertad, y se presentaron en formación de combate contra los romanos. En la batalla sufrieron un desca- 5 labro total, pero les costó mucho ceder en su coraje: enviaron legados para una tregua y la paz, y pactaron con los romanos. Esto ocurrió tres años antes del des- 6

<sup>63</sup> El asedio de Arezzo es en los años 285/4.

<sup>64</sup> Esta acción de los boyos debe colocarse en el año 283.

<sup>65</sup> El lago Vadimón (actualmente Bassano), a la orilla derecha del Tíber, a 70 kilómetros de Roma.

embarco de Pirro en Italia, y en el quinto del desastre  
 7 de los galos en Delfos. En esta época la Fortuna in-  
 fundió a todos los galos como un estado epidémico de  
 8 guerra. De todas las contiendas citadas los romanos  
 extrajeron dos grandes provechos: se habituaron a  
 verse destrozados por los galos, con lo que ya no  
 9 pudieron ver ni aguardar nada más terrible de lo que  
 habían sufrido. Así se convirtieron en atletas perfec-  
 10 tos en las acciones bélicas contra Pirro. Tras destruir  
 totalmente la audacia de los galos, pudieron luchar  
 contra él y disputarle Italia sin distraer fuerzas. Des-  
 pués lucharon contra los cartagineses por el dominio  
 de Sicilia.

21 Las derrotas aludidas hicieron que los galos se  
 mantuvieran en paz con los romanos durante cuarenta  
 2 y cinco años<sup>66</sup>. Pero con el tiempo los testigos ocula-  
 res de los desastres fueron muriendo, y surgieron ge-  
 neraciones jóvenes, llenas de un ardor irracional, ca-  
 rentes totalmente de experiencia y que no habían visto  
 nada de aquellos desastres ni de aquellas circunstan-  
 3 cias críticas. Empezaron de nuevo a remover la situa-  
 ción establecida, cosa natural, a exasperarse contra  
 los romanos por azares puramente fortuitos y a atraer-  
 4 se como aliados a los galos de los Alpes. Los primeros  
 preparativos los llevaron a cabo los jefes personal-  
 5 mente, sin que el pueblo lo supiera. Por esto cuando  
 los galos transalpinos se presentaron con su ejército  
 en Rímmini, el pueblo de los boyos desconfió, se sublevó  
 contra sus propios jefes y luchó contra los recién lle-  
 gados. Ejecutaron a sus reyes Atis y Gálato, se enfren-  
 6 taron mutuamente y se causaron grandes pérdidas. Los  
 romanos, alarmados por aquella invasión, habían sa-  
 lido con un cuerpo de ejército, pero al saber el desas-  
 tre que los galos se habían infligido mutuamente, se  
 retiraron de nuevo a su país.

<sup>66</sup> Bajamos, pues, a los años 238/7.

Cinco años después de esta alarma<sup>67</sup>, bajo el consu- 7  
 lado de Marco Lépidio, los romanos dividieron en lotes  
 el país llamado Piceno<sup>68</sup>, que había pertenecido a los  
 galos; habían vencido a los galos llamados senones y  
 les habían expulsado de aquel territorio. Cayo Flaminio 8  
 fue quien introdujo esta política demagógica, de la  
 cual, sin duda, bien se puede decir que fue el inicio  
 de la desmoralización del pueblo y la causa de la gue- 9  
 rra que luego sobrevino contra los galos citados. Mu-  
 chos de éstos, en efecto, se adhirieron a la acción,  
 principalmente los boyos, limítrofes del territorio ro-  
 mano; estaban convencidos de que Roma les hacía la  
 guerra no para someterles y dominarles, sino simple-  
 mente para aniquilarles, para eliminarles.

Por eso los linajes principales, el de los insubres 22  
 y el de los boyos, se coaligaron y enviaron mensajeros  
 a los galos que habitan en los Alpes y junto al río Ró-  
 dano, llamados éstos gesatos<sup>69</sup> por militar a soldada,  
 que es lo que propiamente significa su nombre. Entre- 2  
 garon inmediatamente una buena cantidad de oro a los  
 reyes Concolitano y Aneroesto, y les señalaron, en vistas  
 al futuro, la gran prosperidad de los romanos y la  
 gran cantidad de bienes que éstos poseían. Si salían  
 vencedores, se apoderarían de ellos. Así les incitaban  
 a la guerra contra los romanos. Y les convencieron 3  
 fácilmente, pues añadieron a lo dicho la seguridad de  
 que podían contar con su alianza. Les recordaron las  
 hazañas de sus antepasados: éstos habían salido en 4

<sup>67</sup> O sea, 233/2.

<sup>68</sup> Se trata del *ager Picenus*, entre Rímmini y Roma.

<sup>69</sup> Una de las pocas veces que Polibio intenta una etimología, pero la falla; el verdadero origen del nombre es la palabra céltica *gesum* (WALBANK, *Commentary*, ad loc., apunta que es griega: *gaisón*), que significa «jabalina». De modo que el gentilicio indica las armas que usaban estas gentes. Cf. la nota 72 del libro III.

campaña contra los romanos, y no sólo les habían vencido, sino que inmediatamente después de la batalla ocuparon la misma ciudad de Roma. Se hicieron dueños de todo lo que había en ella y la dominaron durante siete meses. Acabaron restituyéndola voluntariamente, cosa que encima les fue agradecida. Ellos se retiraron a sus tierras con sus ganancias íntegras. Los caudillos de los gesatos oyeron esto y se enardecieron mucho para aquella campaña, de suerte que jamás salió de aquellos parajes del país de los galos un número mayor de hombres, ni más entusiasmados ni más agresivos. Por aquel tiempo los romanos cayeron en un pánico y en una confusión incesantes, tanto porque se habían enterado de todo como porque conjeturaban el futuro. Empezaron a reclutar legiones y a hacer preparativos de trigo y avituallamiento. Llevaron sus tropas hasta la frontera, como si tuvieran el enemigo ya dentro del país, cuando los galos no se habían ni tan siquiera movido de su territorio.

Todo este ajeteo favoreció no poco a los cartagineses, que pudieron disponer con seguridad de España: los romanos, tal como ya se ha apuntado antes, juzgaron más urgente lo que ocurría en sus inmediaciones, y así descuidaron España forzosamente. Les interesaba solucionar primero el problema galo. Por eso se aseguraron de los cartagineses mediante acuerdos con Asdrúbal, que hemos expuesto ya. Luego la emprendieron corajudamente contra sus enemigos, convencidos de que les convenía algo decisivo contra ellos.

23

*La gran invasión  
gala del año 225*

Los galos gesatos reunieron una fuerza numerosa y potente, cruzaron los Alpes y llegaron al río Po ocho años después de que se hubiera repartido la tierra.

Los linajes de los insubres y de los boyos permanecieron noblemente en la decisión primera, pero los

vénetos y los cenomanos eligieron aliarse con los romanos; éstos les habían enviado embajadas. Los reyes de los galos, pues, se vieron obligados a dejar parte de sus fuerzas como guarnición de su propio país, por temor a estos pueblos. Así y todo, marcharon personalmente, llenos de confianza, con el ejército restante, y se dirigieron a la Etruria; llevaban consigo unos cincuenta mil soldados de a pie, unos veinte mil jinetes, y carros de guerra. Así que se enteraron de que los galos habían cruzado los Alpes, los romanos enviaron tropas a Rimini, mandadas por el cónsul Lucio Emilio; su misión consistía en vigilar por aquí la incursión de los enemigos. A Etruria mandaron un pretor, porque el otro cónsul, Cayo Atilio, había salido hacia Cerdeña con sus legiones. En Roma todo el mundo estaba atemorizado: suponían que se les echaba encima un riesgo grande y temible. Y era natural que sufrieran, pues todavía tenían metido en el espíritu el pánico de aquellos galos de antaño. Pensando en él juntaron unas legiones, reclutaron otras y advirtieron a sus aliados que estuvieran dispuestos. Ordenaron a sus súbditos, sin excepción, la confección de listas de los hombres que estaban en edad militar; les interesaba saber el total de las fuerzas de que disponían. Se esforzaron para que saliera junto con los cónsules la flor y nata de sus fuerzas, en el número mayor posible. Hicieron gran acopio de trigo, de proyectiles y de todos los pertrechos de guerra restantes; nadie recuerda otro igual

<sup>70</sup> En el texto griego subyace una distinción técnica: por aliados se entienden los *socii italici*, y por súbditos, el *nomen latinum*, pueblos, estos últimos, estrictamente sometidos a Roma.

<sup>71</sup> Algunos editores del texto griego o bien suprimen el párrafo 10, o lo modifican en su redacción, pero aquí, siguiendo a Büttner-Wobst y a algunos otros, se ha conservado la frase. Quien la elimina es, principalmente, Pédech.

12 en tiempos anteriores. Todo el mundo colaboró con  
 13 ellos de buen grado, y desde todas partes. Los habitan-  
 tes de Italia, asustados por la incursión gala, no pen-  
 saban que eran aliados de los romanos, ni que la guerra  
 se libraba por la hegemonía de éstos; creyeron todos  
 que el peligro lo corrían ellos mismos, sus ciudades y  
 14 su país. Por ello atendían gustosos a lo que se les  
 mandaba.

24

*Catálogo de  
 fuerzas romanas*

Para que se vea claramente por los mismos hechos la mag-  
 nitud de la acción osada más tarde por Anibal y la potencia  
 del imperio al que inesperada-  
 mente se atrevió a afrontar (cumplió sus planes con  
 tanta precisión que infligió a los romanos los más  
 2 grandes desastres) hay que exponer la composición  
 y el número de tropas de que los romanos disponían.  
 3 Con los cónsules habían partido cuatro legiones de ciu-  
 dadanos romanos: cada una comprendía cinco mil dos-  
 4 cientos soldados de infantería y trescientos jinetes. Los  
 aliados que iban con cada cónsul eran treinta mil in-  
 5 fantes y dos mil soldados de caballería. En aquella  
 ocasión apoyaron a Roma los sabinos<sup>72</sup> y los etrus-  
 6 cos: eran cuatro mil jinetes y más de cuarenta mil  
 hombres de infantería. Los romanos, pues, concentra-  
 ron estos efectivos, y cuando llegaron a Etruria nom-  
 7 braron como comandante un pretor. Los umbros y los  
 sarcinatos<sup>73</sup>, habitantes de los Apeninos, juntaron unos  
 veinte mil hombres, y, además, los vénetos y los ce-  
 8 nomanos otros veinte mil. Los romanos apostaron a

<sup>72</sup> Un pueblo de la antigua Italia Central. Los etruscos vi-  
 vían en la actual Toscana.

<sup>73</sup> Sobre los umbros, véase II 16, 3. Sarsina está en las fuen-  
 tes del río Sapir, al N. del *ager Gallicus*, en la Umbría. Pero  
 prácticamente eran independientes de ésta, y vivían sometidos  
 por la fuerza a Roma.

éstos en los límites del país de los galos, para que  
 irrumpieran en el de los boyos y distrajeran así a los  
 invasores. De modo que las legiones que guarnecían  
 el país eran éstas. Veinte mil soldados romanos de 9  
 infantería, y con ellos mil quinientos jinetes, treinta  
 mil soldados aliados y veinte mil jinetes permanecían  
 alerta en la misma Roma, como cuerpo de reserva, a  
 la expectativa del desarrollo de la guerra. Las listas 10  
 devueltas a Roma arrojaron ochenta mil hombres de  
 infantería latinos y cinco mil jinetes. La infantería  
 samnita: setenta mil soldados y con ellos siete mil  
 jinetes. Yapigios y mesapios<sup>74</sup> dieron, en conjunto, cin- 11  
 cuenta mil soldados de infantería y dieciséis mil jine-  
 tes. Los infantes lucanios<sup>75</sup> eran treinta mil, y tres mil 12  
 los jinetes; marsos, marrucinos, frentanos y vestinos<sup>76</sup>  
 dieron veinte mil soldados de infantería y cuatro mil 13  
 jinetes. Los romanos establecieron, además, en Sicilia  
 y en Tarento, dos legiones de reserva. Cada una se  
 componía de cuatro mil doscientos hombres de infan- 14  
 tería y de doscientos jinetes. Se juntaron, en número,  
 de romanos y campanos, doscientos cincuenta mil  
 hombres de infantería y veintitrés mil de a caballo.  
 El total [de las tropas aprestadas a la defensa de la 15  
 ciudad de Roma superaba los ciento cincuenta mil  
 hombres y seis mil jinetes, y, en cifras globales,]<sup>77</sup> el 16  
 número de los hombres aptos para empuñar las armas,  
 entre romanos y aliados, superaba los setecientos mil;

<sup>74</sup> Polibio no siempre distingue claramente entre ambos pue-  
 blos; en III 88, 3, llega a identificarlos; aquí Yapigia se refiere,  
 seguramente, a la Apulia, y Mesapia, a la Calabria.

<sup>75</sup> Vivían al S. de los Apeninos.

<sup>76</sup> Se trata de una confederación de tribus en los Apeninos  
 centrales.

<sup>77</sup> El texto encerrado entre corchetes ha sido considerado  
 por muchos editores, entre ellos Büttner-Wobst, como una glosa  
 interpolada en el texto.

17 los jinetes eran unos setenta mil. Y Anfbal, que no disponía ni de veinte mil hombres, se atrevió a invadir Italia. Acerca de todo ello el lector se hará una idea más clara en partes posteriores de esta obra.

25 Los galos bajaron hacia la Etruria y la devastaron impunemente. Nadie les salió al paso, y al final se dirigieron hacia la propia ciudad de Roma. Ya estaban cerca de la ciudad llamada Clusium<sup>78</sup>, que dista de Roma tres días de marcha, cuando les anunciaron que las fuerzas romanas apostadas en Etruria les siguen por detrás y se les están aproximando. Así que lo supieron, los galos se revolviéron y les hicieron frente, deseosos de trabar combate. Llegaron a la vista unos de otros a la puesta del sol, y ambos bandos acamparon y pernoctaron a poca distancia. Anochecido ya, los galos encendieron fogatas y dejaron allí a su caballería, con la orden de que al clarear el día, cuando el enemigo pudiera verla, se replegara siguiéndoles los pasos. Y entonces ellos retrocedieron ocultamente hacia la ciudad de Fiésole y se apostaron en el camino<sup>79</sup>. Pretendían recoger allí a sus jinetes y al mismo tiempo hostigar al enemigo invasor cuando 7 menos lo esperara. Ya de día, los romanos contempla-

<sup>78</sup> La actual Chiusi, a 160 kilómetros de Roma, en la región de Val di Chiara.

<sup>79</sup> El texto griego es aquí algo inseguro. De Chiusi a Fiésole hay 129 kilómetros, de modo que es imposible que en una marcha nocturna los galos cubrieran esta distancia. Entonces hay que rechazar a los traductores que vierten «acamparon» (Paton: «they themselves secretly retreated to a town called Faesulae and posted themselves there»). Pédech y Walbank traducen «acamparon en un lugar en dirección a Fiésole», lo que entraña una variación en el texto griego transmitido. Véase Pédech, *Polybe*, II, pág. 67, texto griego, con su aparato crítico, y nota a la traducción francesa, y WALBANK, *Commentary*, ad loc.

ron a los jinetes y se convencieron de que los galos se habían retirado. Entonces persiguieron con ardor a la caballería que huía. Cuando el enemigo estaba a 8 un paso, los galos se levantaron y atacaron. La lucha fue muy violenta desde el principio. Al final se impu- 9 sieron los galos, por su audacia y por su número. Murieron no menos de seis mil romanos. Los restantes huyeron y se quedaron, en su mayor parte, en un lugar escabroso, al que se habían replegado. Primero 10 los galos se aprestaron a asediarles, pero fatigados por la marcha de la noche anterior, por las penalidades y por el esfuerzo, se dedicaron al reposo y a repone- se; habían dejado como guardia a su caballería alrededor de la colina. Su plan consistía en asediar a 11 los huidos al día siguiente si no se rendían a discreción.

Al mismo tiempo Lucio Emilio, el comandante de 26 la región del Adriático, se enteró de que los galos habían invadido la Etruria y de que se acercaban a Roma. Se presentó en su ayuda con todo celo y con acierto, en el momento oportuno. Estableció su campamento 2 muy cerca del enemigo. Los romanos que habían escapado a la colina vieron las hogueras y contemplaron lo ocurrido, cosa que les hizo cobrar ánimo inmediatamente. Despacharon de noche algunos hombres desar- mados<sup>80</sup> a través del bosque, para que anunciaran lo ocurrido al general. Éste, cuando lo supo, entendió 3 que en tales circunstancias no cabía decidir otra cosa, y ordenó a los oficiales que al apuntar el día hicieran salir a las tropas de a pie. Él personalmente recogió a los jinetes, se puso al frente y emprendió la marcha 4 hacia el montículo en cuestión. Durante la noche los jefes de los galos vieron las hogueras y adivinaron la presencia del enemigo, por lo que se pusieron al ace-

<sup>80</sup> Sin armas, para no despertar sospechas ni ser apresados por el enemigo si les veía.

5 cho. Pero Aneroeosto les expuso su opinión: decía que se habían hecho con un botín enorme (pues, a lo que parece, el número de prisioneros<sup>81</sup> y de cabezas de ganado era incalculable, además del bagaje) y que era preciso no arriesgarse más ni jugárselo todo, sino regresar sin riesgo hacia su tierra. Si dejaban en seguridad el botín, ellos mismos irían más ligeros, y podrían reemprender de nuevo la acción contra Roma, 7 si así lo decidían. En aquellas circunstancias la opinión de Aneroeosto pareció útil. La deliberación había sido por la noche, y antes del alba los galos levantaron el campo y se dirigieron al mar por el país de los 8 etruscos. Lucio Emilio recogió de la colina la parte de la legión que se había salvado y el resto de sus tropas. No juzgó oportuno en absoluto arriesgarse a una batalla campal, y prefirió esperar lugares y ocasiones propicias. Intentaría dañar en algún sitio al enemigo, e incluso arrebatarle el botín.

27 Justamente entonces el otro cónsul, Cayo Atilio, había navegado con sus legiones desde Cerdeña, y avanzaba con su fuerza hacia Roma. Su marcha iba a 2 cruzarse con la del enemigo. Cuando los galos estaban cerca de Telamón<sup>82</sup>, en Etruria, sus forrajeadores 3 yeron prisioneros de las avanzadillas de Cayo. Interrogados por el general, le explicaron todo lo ocurrido, y le anunciaron la presencia de los dos ejércitos, que los galos estaban muy cerca, y detrás de ellos Lucio 4 Emilio. Por un lado, Cayo Atilio se extrañó de lo ocu-

<sup>81</sup> Otros traducen la palabra griega correspondiente por «esclavos», pero la diferencia es poca, porque normalmente los prisioneros de guerra eran reducidos a la esclavitud.

<sup>82</sup> Actualmente Talamone, pequeño puerto en la Toscana, en la desembocadura del río Ombrone, y en las inmediaciones de la Punta di Talamone.

rrido, pero por el otro concibió esperanzas, pues le parecía claro que en su marcha los galos habían sido cogidos en medio. Mandó a sus tribunos que pusieran las legiones en orden de combate y que las hicieran avanzar a buen paso, frontalmente en cuanto el terreno lo permitiera<sup>83</sup>. El había visto una colina situada es- 5 tratégicamente junto al camino por el que ineludiblemente debían pasar los galos. Recogió a su caballería y ocupó a toda prisa la cima del montecillo, para ser él quien iniciara la refriega. Estaba convencido de que le sería atribuido a él el final de lo que iba a ocurrir. Los galos, al principio, desconocían la presencia de 6 Atilio, y dedujeron de lo que comprobaban que durante la noche Lucio Emilio había dado un rodeo y se había anticipado a ocupar aquellos lugares. Enviaron al punto a su caballería y a algunas tropas ligeras para que se enfrentara a la guarnición de la colina. Pero les trajeron algunos prisioneros, por quienes su- 7 pieron pronto la presencia de Cayo Atilio. Entonces dispusieron a toda prisa a su infantería: la formaron en ambos frentes, por la vanguardia y por la retaguardia: de unos, sabían que les seguían, y esperaban que los que tenían delante les saldrían al encuentro. Conjeturaban esto por los avisos que recibían, y lo otro por lo que ocurría en aquel momento.

Lucio Emilio ya estaba enterado del desembarco de 20 las legiones en Pisa, pero no creía tenerlas cerca. Sin embargo, por la lucha que se desarrollaba en la colina advirtió que tropas romanas estaban indefectiblemente

<sup>83</sup> Aquí el texto griego encubre terminología militar romana: Atilio ordena a sus hombres que avancen en formación de *acies* extendida, en vez de avanzar en fila (*agmen*). La nota debe completarse con la observación de Pédech de que la velocidad del avance estaba condicionada por la aspereza del terreno; no debía ser tal que rompiera la formación de combate (PÉDECH, *Polybe*, II, ad loc.).

2 muy próximas. Emilio mandó al punto a su caballería  
 a apoyar a los que combatían en la colina; el dispuso  
 sus soldados en las formaciones acostumbradas y avan-  
 3 zó contra el enemigo. Los galos formaron a las gesatos  
 alpinos en el frente de su retaguardia; por allí espera-  
 4 ban a los hombres de Lucio Emilio. Detrás de los  
 gesatos situaron a los insubres. En vanguardia colo-  
 caron a los tauriscos y a los boyos que viven al sur  
 del río Po; éstos ocupaban la posición contraria a los  
 referidos, dando vista al avance de las legiones de  
 5 Cayo Atilio. Situaron a sus carros y carretas más allá  
 de cada una de sus alas. Depositaron todo su botín en  
 uno de los montes circundantes, vigilado por una guar-  
 6 dia. La formación de los galos, dispuesta en dos fren-  
 7 tes, resultó imponente, y al mismo tiempo eficaz. Los  
 insubres y los boyos se alinearon vestidos con sus pan-  
 talones anchos y con un manto ligero, pero los gesatos  
 desnudos, vanidosos y llenos de confianza, se situaron  
 al frente de las tropas con sólo las armas, porque  
 ciertos lugares tenían matorrales que podían engan-  
 8 chárseles a los vestidos y obstaculizarles el uso de las  
 9 armas. La lucha se inició en el montecillo mismo, y  
 todos podían verla, porque habían trabado combate  
 y se habían mezclado jinetes de ambos bandos en  
 10 gran número. El cónsul Cayo Atilio luchó temeraria-  
 mente y perdió la vida en la refriega. Los galos pre-  
 sentaron su cabeza a sus reyes. La caballería romana,  
 sin embargo, peleaba arduamente, y acabó por des-  
 11 alojarse al adversario y ocupar la posición. Luego las  
 tropas de infantería estuvieron ya próximas unas de  
 otras, y lo que ocurrió fue algo desacostumbrado y  
 extraño no sólo para los que estaban allí, sino tam-  
 bién para los que posteriormente pueden hacerse cargo,  
 por los relatos, de lo que pasó.

20 Ante todo, eran tres los ejércitos que libraban la  
 batalla, y es evidente y explicable que el aspecto de

las formaciones en combate fuera extraño e inusual.  
 En segundo lugar, ¿cómo no sería difícil decir, ahora 2  
 incluso allí, durante el lance mismo, si los galos tenían  
 la posición más insegura por el hecho de verse ata-  
 cados por el enemigo simultáneamente por ambos la-  
 3 dos, o, por el contrario, si su posición era más estra-  
 tégica por el hecho de combatir en dos frentes, ya que  
 cada uno aseguraba la posición del otro? ¿Y lo que es  
 lo principal, porque si eran derrotados no podían  
 retirarse y salvarse? Estas ventajas son propias de un 4  
 combate así, en dos frentes. En cuanto a los romanos, 5  
 el hecho de que el enemigo estuviera en el centro y ro-  
 deado por todas partes les confortaba, pero les con-  
 fundía el alboroto producido por las fuerzas galas,  
 ya que el número de trompetas y de cuernos era in- 6  
 calculable. Todo el ejército galo entonó el peán acom-  
 pañado de tales instrumentos. Parecían emitir sonido  
 no sólo ellos y los soldados, sino también los parajes 7  
 de alrededor. Eran también impresionantes la presen-  
 8 cia y los movimientos de los hombres desnudos que  
 estaban en primera fila: sobresalían por su juventud  
 y gallardía. Todos los galos que ocupaban la primera 8  
 línea se habían adornado con brazaletes y collares de  
 oro en abundancia. Al verlo, los romanos se impresio- 9  
 naron, pero se enardecieron doblemente para el com-  
 bate, ante la esperanza de hacérselos suyos.

20 Cuando los soldados armados con jabalinas avan-  
 zaron, según es su costumbre, por delante de las le-  
 giones romanas, y empezaron a tirar nutridamente y  
 con buena puntería, los pantalones anchos y los man-  
 tos prestaron un gran servicio a los galos de atrás,  
 pero la acción se desarrollaba contra las previsiones 2  
 de los hombres desnudos que estaban delante, y esta  
 contrariedad les puso en grave apuro e incertidumbre,  
 porque el escudo galo no alcanza a proteger todo el 3  
 cuerpo, y los tiros de los romanos acertaban tanto

más cuanto más corpulentos y desnudos encontraban a los adversarios. Estos no podían repeler a los que tiraban por la distancia y por el número de dardos que les caían encima, y su situación acabó siendo muy grave. En tales circunstancias no sabían qué hacer. Unos se abalanzaron temerariamente, con un coraje irracional, contra el enemigo, se entregaron a la lucha y murieron por su propia voluntad; otros retrocedieron inmediatamente, claramente acobardados, hacia sus propios compañeros, y desordenaron a los de atrás. El desprecio que los gesatos sentían ante los lanceros se diluyó de este modo. Pero cuando los romanos recogieron a sus lanceros y lanzaron al ataque a sus formaciones, la masa de insubres, de boyos y de tauriscos cayó sobre ellos en un choque cuerpo a cuerpo. Se produjo un duro combate. Los galos se veían destrozados, pero su coraje no disminuyó. Eran inferiores, tanto en su formación como hombre a hombre, esto por la fabricación de sus armas: en la seguridad que proporcionaba el uso de escudos y de espadas sufrían gran desventaja. *La espada gala sólo hiere de filo*<sup>84</sup>. Y cuando los jinetes romanos atacaron desde la cumbre de la colina, por el flanco, y entraron valientemente en la liza, entonces la infantería gala quedó aniquilada en el mismo sitio en que había formado, y la caballería se dio a la fuga.

Murieron unos cuarenta mil galos, y fueron cogidos prisioneros no menos de diez mil; entre ellos estaba el rey Concolitano. El otro, Aneroesto, logró huir

<sup>84</sup> El texto griego presenta aquí una laguna, y la traducción subrayada responde a una conjetura de Schweighäuser, aceptada sólo parcialmente por los traductores posteriores, pues el texto propuesto por el editor de la dindorfiana prosigue, traducido: «y la espada romana es eficaz en su punta y en el golpe por ambos filos».

a un lugar con unos pocos familiares<sup>85</sup>; luego se suicidaron todos. El general romano reunió el botín y lo envió a Roma; devolvió a sus dueños<sup>86</sup> lo que los galos les habían cogido. Y él personalmente tomó las legiones, atravesó la Liguria e invadió el país de los boyos. Sació las ansias de botín que tenían sus tropas, y a los pocos días llegó a Roma con sus legionarios. Adornó el Capitolio con los estandartes y los collares; éstos son los brazaletes de oro que los galos llevan en el cuello. Usó como ornato de su triunfo, para su entrada en Roma, el resto del botín y de los prisioneros.

Esta fue la expedición más peligrosa de los galos, y fue aplastada de esta manera; había puesto en riesgo grave y terrible a los habitantes de Italia, principalmente a los romanos. Después de este triunfo, los romanos, que habían concebido la esperanza de poder expulsar totalmente a los galos de la región del río Po, mandaron contra ellos a los cónsules siguientes: Quinto Fulvio y Tito Manlio, al mando de un ejército pertrechado abundantemente. Con su sola invasión este ejército aterrizó a los boyos<sup>88</sup> y les obligó a someterse<sup>89</sup> a Roma. Pero en el curso posterior de la campaña sobrevinieron grandes temporales de lluvia, y una peste se cebó en el ejército: todo esto hizo que al final apenas si hubiera resultados tangibles.

<sup>85</sup> Esta palabra debe entenderse en el sentido de «séquito», incluyendo quizás las esposas, porque los galos practicaban la poligamia.

<sup>86</sup> Otros interpretan el texto griego «distribuyó el botín cogido a los galos entre sus propios soldados», pero esta interpretación es poco probable.

<sup>87</sup> En los años 224/222.

<sup>88</sup> Su territorio era la actual Emilia.

<sup>89</sup> Otro acto de *deditio*. Cf. II 5-12.

32 Los cónsules siguientes, Publio Furio y Cayo Flaminio, invadieron de nuevo la Galia Cisalpina por el país de los ananios<sup>90</sup>, que habitan no lejos de Marsella. 2 Se hicieron amigos de ellos y pasaron a territorios de 3 los insubres vadeando los ríos Adda y Po. Sin embargo, durante el paso y en la acampada posterior sufrieron pérdidas, por lo que se detuvieron. Establecieron una tregua, hicieron un pacto y se retiraron de aquellos lugares. Marcharon al azar durante varios días, vadearon el río Clusio<sup>91</sup> y llegaron a la región de los cenomanos. Eran aliados suyos: les recogieron, e invadieron otra vez, desde el pie de los Alpes, las llanuras de los insubres, talaron los cultivos y arrasaron las 5 viviendas. Los jefes de los insubres constataron que los propósitos de los romanos eran invariables, por lo que decidieron tantear la fortuna y jugárselo todo en una 6 batalla campal. Concentraron sus fuerzas en un lugar, retiraron del templo de Atena los estandartes de oro llamados «los inmuebles», y prepararon debidamente el resto. Después, con confianza y de manera sorprendente acamparon en número de unos cincuenta mil, 7 frente al enemigo. Los romanos veían que ellos eran muchos menos, y decidieron utilizar las tropas de los 8 galos aliados. Sin embargo, les preocupaba la posible deslealtad<sup>92</sup> de aquellas gentes que iban a entrar en combate con hombres de linaje afín. Esto les hizo tomar precauciones cuando les admitieron como aliados

<sup>90</sup> Cf. nota 56 de este mismo libro segundo.

<sup>91</sup> El actual río Chiese.

<sup>92</sup> Aquí se ha traducido «deslealtad»; Pédech traduce «instabilité», WALBANK, *Commentary*, ad loc., «treachery», y Paton, «fickleness»; la traducción rigurosa del término griego *athesta* (aunque no tiene nada que ver etimológicamente con *theós*, dios) sería «inconstancia», «veleidad», pero probablemente la palabra griega tiene un componente religioso. Sin embargo, traducirlo por «impiedad» sería excesivo.

para esta acción. Se quedaron acá del río e hicieron 9 pasar a los galos que tenían consigo al otro lado. Luego destruyeron los puentes que salvaban la corriente. Así 10 por un lado se protegían contra ellos y por el otro depositaron su esperanza de salvación sólo en la victoria, ya que el río citado, que quedaba detrás de ellos, no se podía vadear. Tras tomar estas precaucio- 11 nes, se dispusieron para la pelea.

Parece que en esta batalla los romanos obraron 33 muy prudentemente. Los tribunos<sup>93</sup> adiestraron individualmente a todos los hombres en la técnica del combate. En peleas anteriores habían observado que todos 2 los linajes galos son muy temibles y arrojados en el inicio del ataque, mientras todavía están intactos. Se 3 ha notado ya que, por su construcción, las espadas galas sólo tienen eficaz el primer golpe, después del cual se mellan rápidamente, y se tuercen de largo y de ancho de tal modo que si no se da tiempo a los que las usan de apoyarlas en el suelo y así enderezarlas con el pie, la segunda estocada resulta prácticamente 4 inofensiva. Los tribunos entregaron a las unidades emplazadas en primera línea las lanzas de los triarios<sup>94</sup>, situados detrás de ellos, y ordenaron a los soldados usar las espadas sólo como sustitutivo. Entonces, en formación, arremetieron de frente contra los galos. Así éstos emplearon sus primeros golpes contra las 5 lanzas, con lo que sus espadas quedaron inútiles. Los 6 romanos entonces acudieron al combate cuerpo a cuerpo y los galos perdieron en eficacia, al no poder combatir levantando los brazos, que es la costumbre gala, puesto que sus espadas no tienen punta. Los romanos, en cambio, que utilizan sus espadas no de filo, sino de

<sup>93</sup> Los *tribuni militum*. Cf. la nota 126 del libro primero.

<sup>94</sup> Los soldados de más edad o los más jóvenes y bisoños, y, por consiguiente, menos eficaces.

punta, porque no se tuercen, y su golpe resulta muy eficaz, herían, golpe tras golpe, pechos y frentes, y mataron así a la mayoría de enemigos. Esto por la 7 previsión de los tribunos, ya que parece que en esta contienda el general Flaminio no actuó muy acertadamente. En efecto: desplegó sus fuerzas paralelamente a la orilla del río, y así, al no dejar sitio para la retirada inicial de sus unidades, hizo imposible la maniobra más característica de los romanos en el combate. 8 Si los romanos se hubieran visto en apuros se hubieran visto obligados a tirarse al río, y ello por la impericia de su general. Pero no fue así, sino que, según ya se ha apuntado, obtuvieron por su habilidad una gran victoria y un enorme botín. Recogieron muchos despojos y regresaron a Roma.

34 Al año siguiente<sup>95</sup> los galos enviaron una embajada a tratar de la paz; prometían aceptar cualquier condición. Pero Marco Claudio y Cneo Cornelio, los nuevos cónsules, pusieron todo su empeño en que esta paz no 2 fuera concedida. Los galos, fracasados, decidieron juzgarse sus últimas esperanzas, y se pusieron de nuevo a reclutar galos gesatos en la región del Ródano, unos treinta mil. Dispuestos ya los reclutados, esperaron la 3 acometida del enemigo. Los generales romanos, al llegar la primavera, tomaron sus fuerzas y avanzaron 4 hacia el país de los insubres. Llegaron allí y acamparon junto a la ciudad de Acerra<sup>96</sup>, situada entre el río 5 Po y las montañas alpinas, y la cercaron. Los insubres no podían prestar ayuda, porque los romanos se habían anticipado a ocupar los lugares estratégicos, pero querían, con todo, levantar el asedio de Acerra. Hicieron vadear a parte de sus tropas el río Po hacia el país de los ananios y pusieron sitio a la ciudad de Clas-

<sup>95</sup> El 222/221.

<sup>96</sup> La actual Pizzighetone, a 21 kilómetros de Cremona.

tidio<sup>97</sup>. Los generales romanos se enteraron de lo ocu- 6 rrido. Marco Claudio tomó la caballería y parte de la infantería y corrió en auxilio de los asediados. Cuando 7 los galos conocieron la presencia del enemigo levantaron el cerco, salieron al encuentro de los romanos y presentaron batalla. Los romanos se lanzaron al asalto 8 audazmente contra ellos con su caballería. Los galos al principio resistieron, pero después, envueltos, en la batalla, por detrás y por los flancos, se vieron en apuros. Al final volvieron la espalda a la caballería. Bastantes de ellos cayeron al río y perecieron en la 9 corriente, aunque la mayoría murió a manos del enemigo. Los romanos tomaron también Acerra, ciudad 10 llena de trigo, mientras que los galos se habían retirado a Milán, que es el lugar más importante de la región de los insubres. Pero los hombres de Cneo Cornelio les 11 siguieron pisándoles los talones. Cuando llegaron cerca de Milán, primero los galos no se movieron, pero 12 cuando Cneo Cornelio regresó a Acerra, salieron, establecieron contacto con la retaguardia romana, causaron muchos muertos y forzaron a huir a la mayor 13 parte del enemigo. Cneo Cornelio llamó a los hombres de vanguardia, les mandó detenerse y trabar combate con el enemigo. Los romanos obedecieron a su gene- 14 ral y combatieron con valor contra los que les atacaban por la espalda. Debido a su éxito, los galos 15 resistieron un tiempo con valor, pero poco después volvieron la espalda y huyeron a los montes cercanos. Cneo Cornelio les persiguió, e iba devastando el país. Tomó a Milán por la fuerza.

Tras estos sucesos, los jefes de los insubres aban- 35 donaron ya cualquier esperanza de salvación, y se entregaron, con todo lo que tenían, a los romanos. Éste 2 fue el final que tuvo la guerra contra los galos: infe-

<sup>97</sup> La actual Casteggio, cerca de Pavia.

rior a ninguna, entre todas las que han sido historiadas, por la desesperada audacia de sus combatientes, por sus batallas y por el número de hombres que formaron en ellas y murieron. En cambio, esta guerra no es digna de ser tenida en cuenta si atendemos a la estrategia y a la incoherencia de cada una de las acciones. Absolutamente todo, y no sólo una parte, de lo que hicieron los galos fue en lucha guiada más por el coraje que por un cálculo. Cuando consideramos en cuán poco tiempo los galos fueron expulsados de las llanuras del Po, a excepción de algunos lugares al pie mismo de los Alpes, no creímos conveniente dejar en el olvido sus campañas ya desde el comienzo, ni tampoco las acciones subsiguientes, ni su expulsión final. En efecto: creo que es propio de la historia evocar tales episodios de la Fortuna y transmitirlos a las generaciones venideras. Así nuestros descendientes no ignorarán tales hechos ni se asustarán ante incursiones súbitas e irracionales de los bárbaros; podrán recordar que su linaje es poca cosa, y deleznable<sup>98</sup> si se aguanta y se ponen a prueba todas las oportunidades antes de ceder a cualquier necesidad. También creo que los que nos han recordado y nos han transmitido la incursión de los persas contra Grecia y la de los galos contra Delfos han apoyado no poco las luchas en pro de la salvación común de Grecia. Nadie desertará, aterrorizado por una gran cantidad de recursos, de armas o de hombres, de la lucha por el país o por la región si ha puesto ante sus ojos lo increíble de los hechos de entonces. Recuérdense las decenas de millares y la enormidad de los preparativos que fueron aniquilados por la actitud y el buen tino de unos com-

<sup>98</sup> Deleznable y fácil de combatir. Pero el texto griego es aquí inseguro; doy la traducción del texto de los códices, que es la adoptada por Büttner-Wobst.

batientes que luchaban con inteligencia y cálculo<sup>99</sup>. El terror a los galos ha sobrecogido con frecuencia a los griegos no sólo antiguamente, sino también hoy. Con más razón, por consiguiente, me he visto impulsado a hacer una narración resumida, pero íntegra, de todas estas acciones.

*Muerte de  
Asdrúbal. Aníbal toma  
el mando*<sup>100</sup>

Asdrúbal, el general cartaginés (pues de aquí partió nuestra digresión) había ejercido ocho años el mando en España cuando murió asesinado arteramente una noche en su propio aposento, por un hombre de raza gala; fue un ajuste de cuentas particular. Había promovido un gran auge en la causa cartaginesa, no tanto mediante empresas guerras como mediante tratos con los jefes del país. Entonces los cartagineses confirieron la comandancia de España a Aníbal, aunque era joven, debido a la perspicacia y a la audacia que había mostrado en las acciones. Aníbal tomó el mando, y pronto evidenció su propósito de hacer la guerra a los romanos, aunque ahora la difiriera algo. Desde aquella época sospechas y fricciones constituían las relaciones mutuas entre romanos y cartagineses. Estos maquinaban secretamente, pues querían vengar sus derrotas en Sicilia, y los romanos desconfiaban porque se daban cuenta de las asechanzas. De ahí que los buenos observadores previeran que la guerra entre ellos iba a estallar tras no mucho tiempo.

<sup>99</sup> La reflexión polibiana de los párrafos 7-8 es de extraordinario valor: no se podía condensar en menos palabras, ni más exactas, el sentido de la cultura griega frente a la barbarie; esta cultura determina aún hoy nuestro ser cultural y político.

<sup>100</sup> Año 221.